

Iritzia

Behatokia

POR
Koldo Mediavilla



Catalunya, año cero

Hay quien afirma que el choque de trenes entre España y Catalunya se ha producido ya pero, sea como fuere, el proceso soberanista catalán no se detendrá el 27-S

El Parlament de Catalunya cuenta con 135 diputados. La mayoría absoluta, por lo tanto, se establece a partir del escaño 68. Sobrepassar esa marca es el objetivo fijado por la candidatura Junts pel Sí que integra a convergentes y republicanos, además de a colectivos sociales tales como la Asamblea Nacional o la fundación Omnium. La mayoría absoluta es, por lo tanto, el reto a superar en una hoja de ruta encaminada hacia la independencia.

Las encuestas -encuestas son- apuntan a que el propósito electoral puede estar cercano y que, si tal no se produce por méritos propios, en un segundo término la suma de los parlamentarios de la lista conjunta más los que obtengan las CUP hará posible superar la barrera de las 68 actas necesarias para configurar un bloque de mayoría absoluta a favor de la independencia catalana.

La segunda posición política parece disputarse entre la versión catalana de Podemos -Catalunya Sí que es Pot- y Ciudadans. Los partidos tradicionales de corte español, según todos los sondeos, parece que pagarán los platos rotos y ambos no sumarán más de 22 escaños. El PSC está destrozado. Sus votantes han migrado. Unos, hacia ERC. Otros, en dirección a Podemos y Ciudadans. Sólo unos pocos, liderados por Iceta, tratan de salvar los muebles.

El PP, por su parte, se ha echado al monte. Con posiciones más extremas que las que mantuviera antaño Vidal Quadras, García Albiol pretende aglutinar el voto españolista y el más sectario en relación con la inmigración. Su alternativa extrema persigue taponar vías de agua y quizá le resulte práctico a corto plazo, evitando la debacle, pero a medio, tras las elecciones generales, esta deriva le convertirá en un gravísimo escollo que complique cualquier relación futura de la Generalitat con un potencial gabinete popular. Unió concurre por primera vez en solitario a unos comicios. La ruptura de la federación CIU les puede dejar fuera del mapa. Espadaler, su nuevo secretario general, confía en obtener grupo parlamentario (5 escaños) gracias a una opción catalanista que sirva de refugio a un votante atrapado entre la disyuntiva de votar a Esquerra o a Ciudadanos. Pero mucho me temo que el electorado catalán no esté hoy por hoy por sutilezas a la hora de definir su voto.

Sea como fuere, el proceso soberanista catalán no se detendrá el 27-S. La lista única, conformada como un movimiento y no como un partido, apoyada o no por las CUP, mantendrá su pulso con el Estado ya que la independencia es el único punto que les une en el campo programático e ideológico. Convergencia, desdibujada su sigla por la corrupción y otros avatares, tratará de reinventarse. Y Esquerra, que pretendía el sorpasso y vio frenada su proyección por el liderazgo de Artur Mas, innovará asideros a una nueva situación en la que la corriente sigue siendo reactiva. Es decir, que la desafección social al Estado español está por encima de ideologías y partidos. Tal marea de conciencias despechadas sigue en pleamar. No se sabe por cuánto tiempo. Pero hay una mayoría de catalanes que se sienten despreciados por España y mantienen su resentimiento activo.

A ello da pábulos la estupidez de una clase política española que sigue sin entender que un problema como el de la identidad catalana y su acomodo jurídico-político no se resuelven con el palo y tentetieso. Ni con la amenaza y el miedo.

Las declaraciones de Felipe González, que han terminado por hacer fosfatina la escasa credibilidad de los socialistas en Catalunya, la intervención de la patronal advirtiendo de cataclismos económicos o la torpeza reiterada del Gobierno de Rajoy no condicionarán el voto el día 27. Tampoco la llamada rancia de Pablo Iglesias resucitando el enfrentamiento identitario entre comunidades.

Si alguien piensa que las declaraciones de Merkel o Cameron afectarán al resultado elec-

toral, se equivoca. Al contrario. Forzar a los principales mandatarios de la UE a decir lo que Rajoy quería que dijese, fue un error mayúsculo. Mayúsculo, sí, porque internacionalizó el conflicto catalán con mayor eficacia que todos los improbables intentos llevados a cabo por los sucesivos gobiernos de Artur Mas ante las cancillerías europeas. Aunque las respuestas fueran las que Rajoy dictara, el simple hecho de que los dirigentes de Reino Unido y Alemania se pronunciaran sobre Catalunya ya fue un éxito total de los independentistas. Por no hablar de la incompetencia de Morenés y el papel constitucional de las Fuerzas Armadas. Menudo estrategia. De la reforma que el PP quiere hacer del Tribunal Constitucional creo que todo está dicho. No hay democracia compulsada en nuestro entorno que contenga medidas similares. El problema catalán, como puede ser el vasco, no se resolverá apelando al "cumplimiento de la legalidad". La clave está en aplicar tratamientos políticos que adapten la legalidad a la realidad. Esa es la asignatura pendiente. No otra.

No cabe duda de que para España el peor escenario postelectoral catalán sería una mayoría absoluta de los partidarios de la secesión catalana. Y tal circunstancia se agravaría aún más si el nuevo Parlament declarara de forma inmediata la independencia de manera unilateral. Tal hecho convulsionaría a la sociedad española, inmersa ya en un clima preelectoral a Cortes Generales. La crisis institucional y política generada por tal decisión beneficiaría, en el ámbito peninsular, al PP, que se presentaría ante el electorado como el salvador de la "unidad patria" y de la integridad "nacional".

Si el nuevo parlamento catalán -previsiblemente independentista- gestionara con inteligencia los tiempos, no activaría directamente la unilateralidad sino que, declarándose soberano, mandataria a iniciar un proceso de negociación con el Estado a fin de establecer un marco de referencia confederal. Tal opción -la negocia-

ción- podría atraer un más amplio consenso que el puramente sumatorio de Junts pel Sí y las CUP, concitando una acumulación de fuerzas de la que solamente quedarían excluidos el PP y Ciudadans. ¿Negociar para qué? Para ganar tiempo y para que sus precipitadas decisiones no polaricen el voto en las generales dando al PP la mayoría que hoy por hoy no tiene. Además, la opción de la declaración unilateral de independencia, el desafío total, podría activarse más adelante o utilizarse como una amenaza latente que en cualquier momento se puede precipitar.

En esta hipótesis, los socialistas del PSC volverían a quedar a la intemperie, lastrados por un PSOE encerrado en sus propias contradicciones de ganar las elecciones generales, para lo que necesita imperiosamente recuperarse en Catalunya. Si Pedro Sánchez no consiguiera llegar a La Moncloa, tesis cada vez más remota, tendría que decidirse por apoyar sin fisuras al nuevo gobierno español surgido en las urnas en diciembre o, por el contrario, defender un posicionamiento propio debilitado por la falta de consenso interno.

La defensa de una modificación constitucional que defiende la singularidad catalana -nadie habla de reconocer el hecho nacional- argumentada por Sánchez contrasta abiertamente con el modelo que sostiene Susana Díaz desde Andalucía. Sánchez sabe que solo podrá mantener tales planteamientos si los socialistas obtienen unos buenos resultados en las elecciones generales. En caso contrario, su secretaría general corre el riesgo de agortarse. Así que la "cuestión catalana" se convertirá igualmente en determinante para conocer el devenir de los socialistas españoles.

Hay quien afirma que el choque de trenes entre España y Catalunya se ha producido ya. Las elecciones del 27-S son un episodio más del brutal encontronazo. Que nadie espere, en el entorno inmediato, ni medias tintas ni posiciones templadas. La cordura o la templanza no rentan electoralmente. Mal momento para el posibilismo. Y para Pedro Sánchez.

Si las listas independentistas llegan a la mayoría absoluta, si el Parlament de Catalunya atempera sus pasos y no provoca la reacción en el Estado, si la "confrontación" se dilata y va más allá del 20-D y no facilita la recuperación de Rajoy, si Podemos pierde fuelle y Pedro Sánchez se queda en terreno de nadie... las presiones, desde dentro y desde fuera, impulsarán otra alternativa. Llegará la "gran coalición".

Catalunya, año cero. El reloj del cambio está en marcha. Permanezcamos despiertos.

* Secretario del EBB de EAJ/PNV

Si el Parlament, previsiblemente independentista, gestionara con inteligencia los tiempos, no activaría la unilateralidad sino que, declarándose soberano, mandataria a iniciar un proceso de negociación